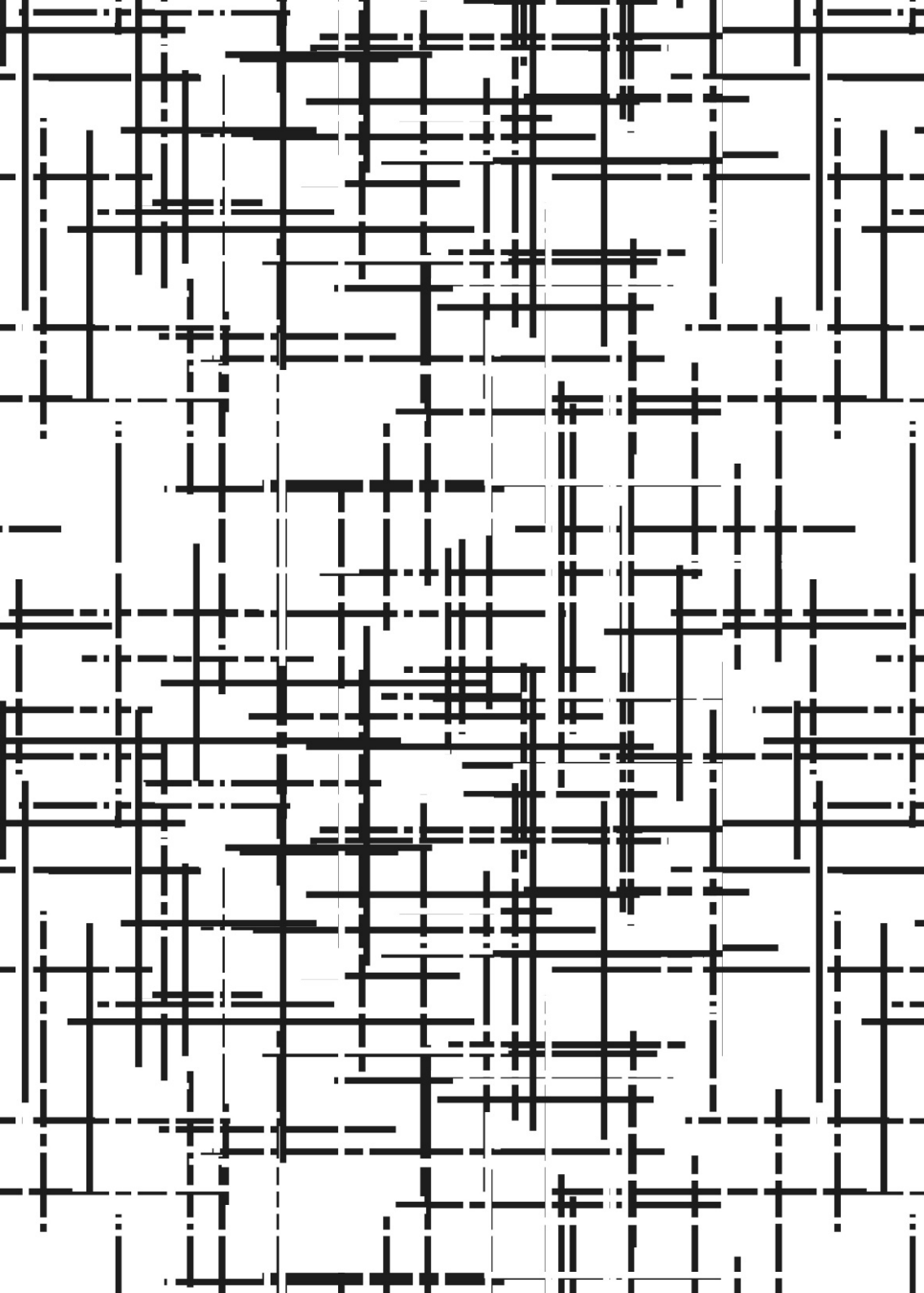


CAMBIO DE PASO

© del texto: Jorge M. Mosquera Longueira
© Diseño de portada: Santiago Mosquera Longueira
© de esta edición:
Punto Rojo Libros, S. L., 2016
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorojolibros.com
www.puntorojolibros.com

Impreso en España • Unión Europea
Primera edición: septiembre 2016

ISBN: 9788416799565
ISBN eBook: 9781635038071
Depósito Legal: BU 163-2016

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de esta obra».

Jorge M. Mosquera Longueira

Cambio de Paso

PUNTO ROJO
libros

A Ángela.

NOTAS DEL AUTOR:

UNO: Todo lo que se relata en esta novela es ficticio. No existen ni han existido, los personajes que se nombran en la novela ni los acontecimientos que en ella se narran, más que en la complicada y calenturienta mente del autor.

Lógicamente, para dar una apariencia de veracidad y ubicar la trama en fechas y tiempos, he hecho uso de hechos históricos reales. También las Unidades que se citan han existido y por supuesto los empleos militares utilizados son exactamente los mismos que existían o existen en cada momento en que se desarrolla la acción.

No obstante, me he tenido que tomar ciertas licencias a fin de conseguir una correcta trama. Por eso, si alguna de ellas pudiera parecer excesiva, pido las más humildes disculpas.

DOS: Todas las referencias que se hacen en este libro a la Bandera, deben entenderse referidas al Estandarte artillero.
Todas las referencias que se hacen en este libro al empleo de soldado, deben entenderse referidas al empleo de artillero.

TRES: A fin de no despistar al lector con un exceso de palabras utilizadas corrientemente en la terminología militar, que puedan no ser de conocimiento común, al final de esta obra se podrá acudir a pedir ayuda en el glosario de términos.

INTRODUCCIÓN

En 1975 el Ejército español, que había permanecido aletargado en brazos del general Franco y recogido drásticamente en los cuarteles durante casi cuarenta años, dio el paso más importante que se le conocía desde antes de los tercios de Flandes.

Un rey, nacido extranjero pero criado como español, se había puesto a la cabeza y marcado las líneas por las que seguiría durante los siguientes cuarenta años.

En 1978 con un gobierno civil y voluntad democrática, se promulgó la Constitución que llevaría al pueblo español por la vía del aperturismo y la libertad hasta objetivos insospechados en aquellos años. Los ejércitos debieron adecuarse a ese nuevo estilo.

En 1979 por fin, el primer ministro de defensa civil abrió los ojos de los militares al exterior y les sacó de los cuarteles para hacer de ellos una fuerza de defensa del interior sin dejar de lado el apoyo humanitario al exterior.

El camino se había rodado. No fue fácil ni cómodo. No dejó de haber zancadillas, ni intentos de que aquello no progresase. Pero finalmente aceptaron con resignación el cambio de Ejército a Defensa.

El paso siguiente era inevitable. La mujer, como una guerra más en las muchas en que había combatido, ganó por méritos propios el derecho a servir y proteger mediante el servicio a las armas y comenzó una andadura que a estas fechas ya no tiene final.

En 2010 el Ejército estaba totalmente modernizado. Pero faltaba algo. Una mujer,

embarazada y sola, ordenó a un general que mandase firmes a las tropas, para inmediatamente proceder a pasar revista. Eso era lo que quedaba por ver. Algo que en 1975 no se contemplaba ni como parte de una burla, ahora sin embargo, pasó casi desapercibido.

En eso se ha convertido el Ejército hoy. Una institución democráticamente consolidada con un elevadísimo nivel de preparación y de aceptación en la sociedad y del cual las mujeres forman parte ya con carácter inexcusable.

Este libro está dedicado a las mujeres, pero sobre todo a aquellas que desde las posiciones más débiles, supieron pelear para conquistar un lugar que ahora les corresponde por derecho propio.

El autor.

LIBRO I

LOS HECHOS

INTERMEDIO 1

SUEÑO.

Los sueños matemáticos es lo que tienen. Sumas y restas, pero no acabas de conseguir un resultado que te agrade o que por fin te deje descansar.
Desde luego, si pretendes una solución inmediata que te pueda dar una satisfacción, no parece algo realizable y lo más fácil es que tengas que repetir una y otra vez la operación.

Los sueños son la satisfacción de los deseos. Sigmund Freud.

CAPÍTULO I.
DIANA.

Toque marcial que se usa al romper el alba en guarnición para que la tropa abandone la cama.

1. Amanecer.

–¡Vamos turuta! ¡Arriba!

Fernández, entre neblinas, vio la cara del cabo de guardia y notó un leve movimiento en el hombro por encima de la manta, que le hizo dar un chasquido con la boca. Soltó una maldición y se dio la vuelta con la sana intención de dar por zanjado el asunto y continuar durmiendo.

–¡Vamos, turuta! –repitió el cabo.

–¡Joder! –dijo Fernández sin inmutarse.

No habían pasado ni dos segundos, cuando abriendo los ojos, de repente, se acordó de su brigada jefe de la Banda y de los cornetazos que daba a los poco cumplidores de las normas y los horarios.

Echó para un lado las mantas y sacó los pies embotados hacia fuera de la cama, al mismo tiempo que soltaba la corneta colgada en el metálico de la litera de arriba. Se sujetó las trinchas y abrochó el correaje, una de las pocas prebendas de que disfrutaba un corneta en la guardia y se levantó, haciendo no poco esfuerzo para no pegar con la cabeza en los laterales de la litera.

Con un breve movimiento de la muñeca, sacó un pitillo del bolsillo superior de la chupita del traje de faena que, antes de llegar a la boca, ya se encontró con el

mechero encendido en la otra mano. Acercado el uno al otro y colocado el cigarro en la boca, le dio cuatro chupadas seguidas, recuperando en parte la nicotina perdida por aquellas breves horas de sueño.
Mecánicamente, retiró el barboquejo de la gorra y lo colocó por delante de la cara, en posición de evitar los golpes de aire. Se apretujó la braga de cuello lo mejor que pudo y se abrochó el chaquetón dos cuartos para salvar en lo posible la humedad que reinaba en aquella ciudad. Quizá en verano, o incluso de día, podía tener alguna ventaja estar destinado en una Unidad que se encontraba a escasos metros de la playa, pero a aquellas horas era un auténtico dolor de huevos.
Echó a andar hacia el exterior del cuerpo de guardia con paso cansino, y con el cigarro en una mano y la corneta en la otra enfiló el camino del patio de armas del Regimiento para iniciar la jornada de trabajo. Al salir se fijó que el oficial de guardia saliente, el alférez, estaba estirado en un sillón de orejas viendo la televisión.
Encogió la cabeza dentro del cuello de su chaquetón, y profirió una serie de maldiciones contra la humedad reinante, las guardias, la mili y se prometió no volver jamás a una ciudad que te mojaba según salías a la calle. Orballo le llamaban en el norte, pero los gallegos con su retranca, habían sabido encontrar un nombre mucho más adecuado para el incidente climatológico y de toda la vida le habían llamado “calabobos” sin dos palabras más.
Procurando sufrir lo más mínimamente sus efectos, se encajó a rosca la gorra y continuó con sus cábalas. Un

día más de 1999. Los días anteriores habían sido malos y éste no parecía ser mejor. Él rebaje de fin de semana cada vez se estaba poniendo más caro. Cada vez había menos cornetas para hacer los turnos de relevo de las guardias y había meses que acababan con doce o trece guardias que, aun cuando decía su brigada, –no os quejéis que podéis pasar la noche durmiendo–, no obstaba que, una guardia era una guardia.

Ese era otro de los problemas, y no el menor. La dedicación absoluta al servicio y puesto que ponía en todo el brigada de la Banda. No había toque que se hiciera lo suficientemente bien y por supuesto, todo era manifiestamente mejorable. Cualquier leve desidia u ociosidad era inmediatamente premiada con un cornetazo o lo que era peor, con la pérdida de días de rebaje, que hacían agradecer cualquier posible cornetazo. Afortunadamente, el brigada no era de enviar al trullo a nadie…



El Régimen Interior del Regimiento había marcado, hacía ya muchos años, unas instrucciones concretísimas del cuándo, dónde y cómo se debía proceder a dar el toque de diana y pobre del corneta que contraviniese las órdenes. Las instrucciones habían quedado marcadas con letras de fuego en el Libro de Órdenes y de Normas de Régimen Interior. Nombre muy rimbombante para designar a un libro del que nadie tenía constancia del mismo y mucho menos su composición. Sencillamente se sabía de su

existencia porque, de vez en cuando alguno de los jefes apuntalaba sus órdenes con un sonoro ¡…y apúntalo en el Libro de Normas!

Así, cualquier cuestión que pudiese debatirse entre partes, la zanjaba la mención al Libro de Normas. Nadie recordaba haberlo visto, pero si alguien conversaba sobre él, o se preguntaba sobre él, siempre se respondía con una alusión a la leyenda y luego máxima militar de "*el banco pintado*". Decían que un día un capitán había mandado pintar uno de los bancos que rodeaban el edificio de mando, pues allí, gustaba de sentarse la señora del coronel cuando venía a pasar la tarde al Regimiento. Dicha orden había acabado con la reseña de que encima de dicho banco debía colocarse en lugar visible un folio con la leyenda "RECIÉN PINTADO" y además dicha faena y su duración debían quedar debidamente apuntadas en el Libro de Normas. Igualmente, un soldado debía ponerse de centinela en el banco, mientras éste secaba. Como quiera que nadie lo había anotado en libro alguno, la cuestión fue qué el conocer popular entendió que dicho banco no podía utilizarse por estar recién pintado y así se mantuvo aquel puesto de centinela hasta que se perdió el papel con el aviso.



Sobre las instrucciones del modo de proceder al toque de diana, cualquier corneta los conocía sobremanera, amén de que ya se encargaba el brigada de la Banda de que sus pupilos no lo olvidasen…

La hora, las siete de la mañana. El donde, un punto central pintado a tal efecto en el centro del patio de armas, desde donde, según decían las órdenes, se conseguía oír cualquier toque en todos los rincones del Acuartelamiento. El cómo, lo había explicado infinidad de veces el brigada de la Banda. Tantas veces que no había más que recordar sus propias instrucciones: con brío, con empuje, con cojones. Y soplando. Nada de mariconadas que no llevan a ninguna parte –qué nadie venga a decir al brigada que no ha oído el toque de diana, porque me lo follo–, decía el brigada elevando su propia corneta que, a modo de pistola, siempre llevaba colgada en el cinto y que como si de una canana se tratase, metía y sacaba con la rapidez del rayo. En el común de los casos, sacaba la corneta, arreaba un cornetazo a cualquiera merecedor de ese premio, y restituyéndola a su lugar, en un abrir y cerrar de ojos, dejaba al encornetado en un ¡ay!

Así, el corneta, sólo tenía que recordar las instrucciones del brigada para motivarle y esperar que a su llegada al cuartel, nadie le hiciera un comentario sobre que la diana no se había oído bien, o que había sido mal tocada. Se sabía, que algunas veces, después de que algún compañero de empleo le hubiera hecho una pulla sobre lo mal que se había dado tal o cual toque, el brigada había llegado al depósito de cornetas, cornetín en mano, repartiendo mandobles a diestro y siniestro sin preguntar. Era sabido que el brigada no era persona fácil, más bien era de actuar primero y preguntar después.

Fernández pensó que quedaba ya poco tiempo de aguantar aquello. La civil no podía aguantar más aquello. Los nueve meses de mili ya se estaban acabando y en dos meses se marcharía a casa con la blanca en la mano.

–¡No te jode! Ahora que dice Radio Macuto que a finales del año que viene se acabará la mili. ¡Vaya putada!

Al llegar al círculo central se colocó en una buena posición de firmes, miró su reloj y viendo que faltaban dos minutos para las siete de la mañana, todavía tuvo tiempo para dar unos golpes con la boquilla en el correaje a fin de sacar de allí dentro cualquier resto de saliva que pudiera haber quedado del día anterior.

El olor del peroleo le hizo salivar. Sólo faltaba media hora para la fajina y además, ese era un toque que él no tenía que hacer. Las nuevas tecnologías le habían librado de tener que acercarse al puto punto central para dar aquel toque, debiendo conformarse el personal con el sonido de una cinta de casete.

Colocó cuidadosamente la boquilla en la corneta e introduciéndose el dedo pulgar izquierdo por dentro del cinturón del correaje, la elevó hasta los labios y contó hasta cinco o antes de comenzar a tocar.

El sonido de la corneta empezó a sonar en los oídos de los durmientes, al principio como leve recuerdo de algo conocido, para luego instalarse en el cerebro como algo odioso y dañino para la salud.

Poco a poco, las luces de las camaretas se fueron encendiendo y los ventanales abriendo para dejar paso al aire fresco que orearía las naves, despejándola del

olor acumulado por toda la noche. Los soldados, se fueron despertando dando muestras de que era del todo punto imposible, comenzar un lunes sin notar los nocivos efectos de los sábados y domingos por la noche.

Fernández se dio la vuelta, colgó el instrumento en una de las trinchas del correaje y echó a andar de vuelta hacia el cuerpo de guardia. En la zona de la cocina, ya eran inconfundibles el olor y los sonidos de los grandes fogones, encendidos a la vez para preparar el desayuno y las voces de los rancheros dando instrucciones a los fatigas nombrados como auxiliares del servicio de cocina para ese día.

A la puerta del cuerpo de guardia ya se oía el sonido de los motores de los camiones de reparto provenientes de diferentes comercios de la ciudad que, apelotonados rugían esperando el oportuno permiso para entrar en el Acuartelamiento y dejar su mercancía.

CAPÍTULO II.
ASAMBLEA.

Toque marcial que señala que el personal formará para concurrir a una marcha, revista o desfile, a pie o a caballo; indica también que se debe proceder al relevo de los servicios.

2. La guardia.

El sargento de guardia, mandó formar a los componentes del refuerzo para que, una vez pasada la revista, fueran los primeros en pasar al primer turno de desayuno y ser posteriormente los primeros en despejar la guardia, una vez efectuado el toque de Bandera.

Todas estas labores y otras muchas de menor entidad se realizaban día tras día, año tras año en ese cuartel y sin muchas diferencias en cualquier otro cuartel del territorio nacional. No parecían, a priori, labores de importancia alguna de ellas. Llevar las listas de diana al oficial de guardia, recoger las llaves de los armeros, hacer las camas, orear las camaretas, barrer, fregar y asear los servicios. Pero en conjunto sí lo eran y hacían del Ejército una máquina bien engrasada que no dejaba pábulo al error o la confusión. Cualquiera que llevase más de un mes en una Unidad militar, sabía perfectamente lo que se estaba haciendo en ese momento en cualquier dependencia de la Unidad.

Sólo había un motivo por el cual esta máquina funcionaba de esta manera. La disciplina. La disciplina era uno de los pilares en los que se sujetaba la

institución, y su contraria la indisciplina, era el enemigo a batir. Como decía la nueva Ley era el factor de cohesión que obligaba a todos por igual. Sí, había otros pilares, pero éste era el principal.

La disciplina militar sujetaba a una organización perfecta, de manera que, la rotura de cualquier eslabón nunca pudiera romper la cadena. La disciplina podía dar lugar a sanción por no haber cumplido la misión encomendada, pero ella misma colocaba en su lugar al siguiente. El propio funcionamiento interior se regía por un régimen disciplinario férreo e implacable, incluso no escrito, que colocaba al siguiente en la cadena de mando, incluso a muy bajos niveles de jerarquía en posición de preparado para hacer la tarea que su anterior hubiera dejado por hacer. También era cierto que, a lo anterior, se añadía la ventaja que suponía tener los puestos duplicados o triplicados.

Algún general muy famoso, cuyo nombre ya nadie recordaba, había dejado la norma clara: "*Esta fábrica no puede parar nunca su producción. Nosotros somos como una fábrica en la que se nos exige una producción mínima diaria y no podemos permitirnos el lujo de que por un eslabón no cumplamos esa producción. Además, hay que tener en cuenta que nosotros sólo tenemos un cliente. El pueblo español*"

Esta arenga, había sido utilizada desde tiempos inmemoriales por unos y otros mandos a la hora de advertir a los subordinados que, aunque dentro de una estructura absolutamente jerarquizada, como la militar, no podía dejarse de lado que, a diferencia de

cualquier otro funcionario, se exigía a los militares un plus de eficacia y eficiencia.
Sería la mayor de las vergüenzas para un jefe de Unidad, que se le comparase con algún funcionario en general, con la pretensión de dar una visión denostada de su trabajo por su mal funcionamiento.

–Señores –decía–, sólo somos funcionarios en homologación de los sueldos con el funcionariado civil. En el resto a cada uno lo suyo y nosotros los mejores.



A esa misma hora el conductor que debía ir a buscar al coronel, salía escopetado a encender el vehículo, poner la calefacción y presentarse en el cuerpo de guardia para pasar a recogerlo.
El coronel qué, como norma llegaba la Unidad a las siete y media, aunque la entrada oficial fuese a las ocho y media, expresamente pasaba revista a la guardia, aparentemente con el objetivo de dar un "aviso a navegantes", para que todo el mundo se enterase qué desde el mismo momento en que él se encontraba en la Unidad todos los demás de la cadena de mando por debajo de él, debían estar en la misma línea de eficiencia. Y no permitiría a nadie, fuese del empleo que fuese, relajarse en sus obligaciones o demostrar tibieza alguna en el servicio.
Esa mañana, el coronel llegó como siempre a la misma hora, acompañado esta vez por el teniente coronel jefe de la Plana Mayor, que hacía las veces de su segundo. A la entrada de la puerta del cuartel, se encontraba el sargento de guardia formado al mando de toda su

guardia. El coronel, bajó del vehículo y sin dejar de mirar al contingente allí formado, saludó brevemente al sargento y se metió rápidamente de nuevo en el vehículo. Los días ya eran cortos y no hacía tiempo para permanecer al fresco. Enseguida, el vehículo desapareció sin dejar siquiera una estela de su paso por allí. El sargento quedo pensando en el paso de los vehículos americanos en la película Bienvenido Míster Marshall, que aún hacía pocos días había repuesto la televisión. No obstante, con voz potente, ordenó deshacer la formación.

–Descanso. Firmes. Ar.

–Derecha. Ar.

–De frente, armas al armero. Ar.

La formación obedeció la orden recibida sin pestañear, esperando ya para la próxima formación que comenzaría en poco más de media hora y en la que se subiría la Bandera. El sargento se dio la vuelta alrededor de sí mismo.

–¿Dónde coño está ese turuta? ¿No se habrá escaqueado?

Fernández, el corneta, apareció como por ensalmo, perfectamente uniformado y con el instrumento en la mano tal y como era su obligación.

–¿Dónde estabas durante la revista del coronel?

–Mi sargento, es que yo…

–No me jodas Fernández. Sabes que tienes que estar formado con el resto de la guardia al llegar el coronel.

–Es que, mi sargento, estaba en el baño. Tengo el estómago revuelto. Se lo he dicho al cabo, ya que usted no estaba.

–Ahora se lo preguntaré al cabo. De momento, olvídate del rebaje de fin de semana.

–Pero, mi sargento…

–A callar. A ver. ¿Dónde está el Caraja? ¿Dónde está Martínez? –dijo el sargento dirigiéndose al primero que vio pasar por allí.

–Viene ahora de desayunar, mi sargento.

–¿Ya sabe que tiene turno de vigilante a las armas durante el toque de Bandera?

–Sí, mi sargento –dijo el cabo que acababa de aparecer por allí. Se lo he explicado antes y le he dicho lo que tiene que hacer.

–¿Lo ha entendido? –dijo el sargento con cara de preocupación.

–Que sí mi sargento. Que sí. –repitió el cabo con voz cansina.

El sargento, no muy convencido de la forma en que se había expresado el cabo, se lo quedó mirando.

–Como no haga un puesto en condiciones, os voy a correr a palos a los dos y luego va a estar un mes limpiando el submarino. Venga, ve a buscarlo.

–A sus órdenes mi sargento.

–¿Ha llegado ya la teniente entrante de guardia? –preguntó el sargento a otro de los de la guardia.

–Todavía no, mi sargento

–Pues cuando llegue me aviséis.

–A sus órdenes.

La guardia se componía de un sargento, dos cabos y quince soldados además de otros quince soldados de refuerzo para la noche. El oficial de servicio, que lo había sido toda la jornada, después de la cena pasaba a ser el oficial de guardia, permaneciendo en el cuarto habilitado, durante la noche. A la mañana siguiente a continuación del toque de Bandera, los dos oficiales, saliente y entrante, hacían el relevo en el propio cuerpo de guardia, dándose las novedades el uno al otro y recogiendo a su vez la pistola que el saliente tenía que dejar al entrante para continuar el servicio de oficial de servicio el resto del día.

El oficial de guardia entrante al acabar el relevo, daba las novedades al capitán de cuartel y el saliente podía irse a casa o a dormir en el cuarto habilitado para los salientes de servicio. Por su duplicidad de servicio, no estaba obligado a salir al toque con la formación, sino que se limitaba únicamente al correspondiente saludo a la Bandera desde su propio despacho. En su relevo, se contaba el armamento y munición de la guardia y la de la pistola y munición que utilizaban los oficiales de guardia. Al igual que el resto de los componentes de la guardia, el arma de los oficiales de guardia, mantenía la munición reglamentaria para este tipo de servicios: veinte cartuchos de guerra y un cartucho de fogueo.

Una vez hecho el relevo, el oficial de guardia entrante pasaba a ser el oficial de servicio durante el resto del día hasta el fin de la jornada en que después del toque de oración, volvía a convertirse en jefe de la guardia.



El sargento de guardia se dio la vuelta y se dirigió al cuarto donde el alférez saliente de guardia se afanaba en cuadrar los estadillos de formación de la lista de diana que los suboficiales de cuartel le habían entregado. En teoría, el oficial de guardia saliente, debía haber dado al coronel la novedad de los soldados que habían pernoctado en el Acuartelamiento y habían asistido a la lista de diana. Esta norma, procedente de la más rancia tradición militar, provenía de los tiempos en que todos los soldados sin excepción, debían dormir en el Acuartelamiento. Siendo así que el sargento de cuartel, al hacer el estadillo de la lista de diana, debía haber contado y contabilizado a todos y cada uno de sus efectivos habidos en la lista de revista de la Unidad y haberles ubicado en su lugar a la formación de diana. Pero este trámite se había tenido que dejar relajar, a la vista de la lentitud con que los suboficiales del cuartel podían cuadrar sus propios estadillos. Aquello, en las nuevas circunstancias, parecía una misión imposible. La responsabilidad de esa imposibilidad recaía en la nueva política de la profesionalización y la posibilidad de que los soldados profesionales pudieran pernoctar fuera del cuartel. Además, la nueva tendencia de que los soldados con destino no tuviesen obligación de asistir a la formación de la diana hacía, sí cabe, más difícil esta tarea. Por demás, el largo trayecto a realizar desde donde se ubicaban las Baterías, hasta el cuerpo de guardia, hacía inviable que en un plazo inferior a media hora, pudiese el oficial de guardia saliente tener toda la documentación necesaria para trasladar al estadillo los

datos de cada Batería, a efecto de resumir en el parte final la información a entregar al coronel.
La primera vez que se produjo esa situación, el coronel había puesto el grito en el cielo. Se había bajado del coche, se había encontrado la guardia formada con el sargento de guardia en primer tiempo de saludo y había pasado revista. Y luego se había quedado esperando la novedad del oficial de guardia saliente que no acababa de salir a entregarla.

–¿Dónde está el oficial de guardia? –dijo el coronel al sargento de guardia, poniendo los brazos en jarra y una cara que denotaba el hastío y el cabreo que llevaba.

–Está en su cuarto, mi coronel –dijo el sargento, todavía con la mano derecha en primer tiempo de saludo.

–¿Y por qué coño no está aquí con los estadillos de presentes en diana?

–No lo sé, mi coronel.

–¡Pues, que venga ahora mismo!
El sargento, bajó la mano rápidamente, se dio la vuelta y ordenó al cabo de guardia.

–Ve a buscar al oficial de guardia.

–El cabo, salió de formación, y al galopillo corrió suspendiendo levemente el arma del suelo. Llegado al cuarto del oficial, después de pedir y obtener el permiso reglamentario para entrar, elevó voz.

–Mi teniente, le llama el coronel. El teniente, que estaba enfrascado en cuadrar todo aquel papelerío, levantó la cabeza y como quien no había oído nada, la bajó y continuó con sus cuentas.

–Mi teniente, el coronel está en la puerta esperando por usted y parece cabreado.

El teniente, como si esta segunda explicación le hubiera parecido más convincente, recogió todos los estadillos esparcidos por la mesa y como si de un mazo de naipes se tratara, hizo un taco, les dio unos golpes en la mesa para que quedasen ordenados y sin mirar al cabo dijo:

–Voy.

Aunque a simple vista, parecía que el teniente no daba importancia al requerimiento del cabo, salió a la carrera de su oficina, corrió los metros que había hasta donde se encontraba el coronel al lado de su coche, y sin recuperar el resuello se puso firmes y en primer tiempo de saludo.

–A la orden de usía mi coronel. No hay novedad.

–¡Como que no hay novedad! Algo habrá pasado para que no haya salido usted cuando he llegado. ¿Qué pasa con las novedades del personal que duerme en el Acuartelamiento?

–Lo siento, mi coronel. No he podido finalizarlo.

El coronel lo miró con cara de ogro. Aun así, el teniente logró articular una explicación.

–Mi coronel, los estadillos me los han traído…

–Pamplinas. Usted ya sabe que es su obligación la entrega de los estadillos. O ¿no sabe que quiero las novedades a primera hora?

–Es que, mi coronel, todavía no han llegado todos los estadillos y…

–Al acabar la guardia me viene a ver.

El coronel dio media vuelta, se metió en el vehículo y dando una palmada dio a entender al conductor que debía salir pitando, a lo que éste aceleró y salió velozmente.
El teniente, receloso de lo que acababa de decir el coronel, se dirigió de inmediato al despacho del teniente coronel jefe de la Plana Mayor, a quien expuso con pelos y señales el procedimiento y el problema que se daba con los estadillos, y que el inconveniente mayor era que el coronel llegaba antes de que los suboficiales de cuartel pudiesen entregarlo.
De esa forma, el teniente coronel comprendió que el problema no era del teniente o de los oficiales de guardia o de los suboficiales de cuartel, sino que había que convencer al coronel que debía llegar un poco más tarde –cosa absolutamente inviable– o, sencillamente, no pedir las novedades de la tropa asistente hasta después del toque de Bandera. El teniente coronel dijo que se haría cargo y que hablaría personalmente con el coronel.
Habida cuenta entonces, que el problema era que el coronel llegaba antes de la hora, la solución debió plantearse en términos de tiempo, pactándose tácitamente que, a partir de esa fecha, el oficial de guardia daría la novedad al coronel sin incluir en ella al personal que no había pasado diana, pero que en el mínimo tiempo posible debía comunicarle el resultado de los estadillos.

El soldado Martínez, había entrado esa noche de refuerzo y le había tocado el tercer turno. El peor. De una a tres y luego de seis a ocho de la madrugada. Había ido a la mili, después de pasar sus más de veinte años, vegetando por todas partes por donde había pasado. Era lo que en la mili llamaban un caraja.

Aunque a priori, podría parecer que el calificativo de caraja sería algo desagradable o incluso ofensivo, a él, le había producido el efecto contrario llegando, incluso, a desarrollar un gran aprecio por aquel mote.

Por lo demás, el tiempo, le había desarrollado una notoria satisfacción por el consumo del galufo cuartelero, que no había hecho más que acrecentar su poco interés por las complicaciones y problemas que, con toda seguridad, llevaría consigo la estancia en el cuartel.

Para el momento del toque de subida de Bandera le había correspondido el puesto de vigilante de armas. Éstas descansaban en un depósito adyacente al cuarto de los oficiales de guardia y el vigilante asignado, tenía como obligación principal la de mantenerse en todo momento atento a su cuidado.



La teniente Bárbara López, oficial de servicio entrante, llegó, como mandaba la ordenanza interior, a las ocho menos cuarto de la mañana, preparada para hacer el relevo de la guardia y con ello hacerse cargo del servicio. Se acercó a su sargento entrante, al que preguntó por su propia guardia, que ya estaba un lado

del cuerpo de guardia preparada para relevar el servicio en cuanto finalizase el toque de Bandera.
Al llegar al cuarto de relevo, entró rápidamente y sin mirar atrás cerró la puerta de un portazo.



CAPÍTULO III.
BANDERA

Al toque de Bandera, todos los militares guardarán respetuoso silencio y los armados presentarán armas en su honor.

3. Preámbulos.

A las ocho menos diez de la mañana, el sargento de guardia bajó las escaleras que daban a la calle, saltándolas de tres en tres y dando al mismo tiempo gritos al cabo de guardia para que acelerase la salida de los soldados de la guardia a la formación para la subida de Bandera. El mástil estaba situado a unos cuarenta metros de la puerta de salida del cuerpo de guardia, enfrentado perfectamente a un monolito que hacía las veces de altar mayor para dar mayor solemnidad al acto.

Anduvo hasta llegar al lugar donde se celebraría el ritual y comprobó su estado. Limpio y aseado. La cuerda en su sitio. El candado de soporte. Los mosquetones. Nadie por los alrededores. No dejaba de sorprenderle que aun con la renovación iniciada en el Ejército con los sucesivos planes de rejuvenecimiento y modernización de las Fuerzas Armadas, no se hubiera modificado ni un ápice la rutina y la tradición más añejamente castrense. Sin embargo, los nuevos tiempos sí habían evitado situaciones tales como las que se podían ver en tiempos no muy lejanos, cuando a esas horas se podía encontrar allí de pie a personal de diferentes Unidades, condenados a haber pasado

allí toda la noche, o por lo menos una buena parte de ella, por haber atendido inconvenientemente a la más rancia disciplina.



El ritual, no por repetido todos los días a la misma hora, todos los días del año, dejaba de ser trascendente para la vida en el cuartel, ya que, esta era la señal para que las actividades pudieran comenzar y los horarios de instrucción se pusiesen en marcha en cuanto el toque hubiera acabado.

El cabo de guardia mandaría formar a la tropa que iba a tomar parte en la formación del pelotón para la subida de la Bandera. Después de proferir contra ellos y su pachorra, gritos de diferente consideración, y constituida una formación lo suficientemente lúcida como para que diese su visto bueno, les ordenaría salir desfilando con el arma sobre el hombro hasta enfrentarse con el mástil de la Bandera. Allí con un grito capaz de despertar a aquellos que todavía no lo hubieran hecho, mandaría descansar el arma, luego firmes y luego las novedades de la formación al sargento de guardia que a aquellos efectos, se encontraría esperando la formación.

Acto seguido, el sargento, siempre de espaldas a la salida del sol, arengaría a la tropa sobre la importancia y trascendencia del acto que iban a realizar y continuaría con una concienzuda revista de armamentos, correajes y equipos antes de proceder al toque. Y así día tras día. Año tras año. Igual en todas las Unidades. Igual en todos los Acuartelamientos.

Normalmente, entre la formación, también debería encontrarse el corneta de órdenes, encargado de dar los toques principales, que darían distinción y elegancia al acto. También los nuevos tiempos habían diferido un tanto el trabajo del corneta y aunque no era, todavía, algo establecido, los toques se podrían hacer por medio de las nuevas tecnologías. Esto es, un equipo de música preparado al efecto con suficientes cintas de casete, o la novedad –en ciertos cuarteles con elevado prestigio– de los CD. En ese caso, el cabo o el sargento de guardia, prepararían a alguno de los soldados de la guardia para que a un aviso predeterminado, tocasen la tecla play, para iniciar el toque en cuestión.



En esta Unidad no cabía duda alguna en cuanto a las instrucciones para efectuar semejante toque. El coronel había sido claro y por orden expresa había dejado lo suficientemente advertido que los toques principales: diana, izado y bajada de Bandera y oración, se hiciesen con la participación o colaboración de un corneta de órdenes y que el resto de los toques se podrían hacer, a criterio del oficial de guardia, por medio de los sistemas de megafonía. Eso, llevaba a qué, el corneta de guardia, tuviese que estar a expensas del designio de los mandos de la guardia, para atenerse a una forma de toque o a otra.
Finalizada la revista y la arenga, el sargento y el cabo de guardia pasarían a encabezar la formación del

pelotón y colocándose ya delante de la Bandera, el soldado corneta quedaba a expensas de sus órdenes.



El sargento, atronó una voz de firmes y un ar que, dada la hora, retumbó en las instalaciones de todo el establecimiento. A la voz de presenten armas, los soldados colocaron los fusiles en la posición de dignidad a la Bandera y desde su posición, el sargento con un breve movimiento de cabeza, se dirigió al corneta.

El soldado con número de orden dos y el soldado con el número de orden tres se afanaron en colocar las bridas que sujetarían la Bandera a la cuerda y ésta al mástil y además en una posición lo más digna posible. Uno a cada lado del palo, esperaron a que el corneta empezase a tocar para comenzar la tarea de proceder a subir la Bandera.

El sargento de la guardia entrante, viendo al corneta acatar la orden de su sargento, mandó firmes a su pelotón y ordenó presentar armas –vista al frente y arriba– gritó, no quiero que nadie pierda esa posición.

–Corneta. Toca –dijo el sargento.

Éste, apuró unos segundos para tomar aire y recordar las notas que darían lugar a que todos los presentes, cercanos, colindantes, vecinos…, se pusiesen en una rigurosa posición de firmes elevando asimismo el brazo derecho hasta la botonera de la visera –quien la llevase–, o sencillamente una posición de máximo respeto en pie.

El toque en sí, no duraba más de cuarenta y cinco segundos, pero la parafernalia anterior y posterior, hacían que se prolongase por casi cuatro minutos.
El corneta comenzó a acercar el instrumento a la boca.

El toque de Bandera tenía la particularidad de que era uno de los pocos toques, junto con el de oración, que todo mundo oía y, por supuesto, todo mundo respetaba. Nadie, osaría siquiera rascarse, cuando se estaba escuchando cualquiera de ellos. Pecado mortal de necesidad.
La disciplina militar se preciaba por ir puliendo poco a poco ciertas costumbres que se iban aprendiendo con la práctica y con el paso del tiempo, pero también la forma correcta, reglamentaria, marcial, rigurosa. La honra especial de atender a dichos toques era algo que venía desde los campamentos militares o las academias de formación –es pecado mortal moverse en medio del toque de Bandera o en el de oración –decían los instructores de los antiguos CIR,s. Igualmente sucedía con el toque de oración, interpretado cuando el crepúsculo comenzaba a caer y en el que se recordaba a los fallecidos.
Asemejaba a un tablero de ajedrez, en que cada figura posee su valor, pero unas más que otras. Aquí, la formación y el protocolo usado para rendir honores a la Bandera, o manifestar el respeto a los muertos, se desarrollaba en la posición más importante que cabía en el Reglamento de Orden Cerrado. El arma presentada. Por eso, la orden ejecutiva ¡ar! a las tropas

cuando se mandaba presentar armas, era siempre la más sólida. Pecado de laxitud para aquel mando de formación que no usase su mejor voz para ordenar dicho movimiento.



Desde siempre, el toque de Bandera se había utilizado para dar inicio al trabajo diario y con ello a las actividades del Plan General de Instrucción, siendo así que la hora de iniciar el toque nunca variaba, independientemente del horario que tuviesen el resto de los toques.

Este toque además, había servido para dar inicio y fin a los posibles arrestos a Banderas para los mandos o los arrestos al palo de la Bandera para la tropa. Así era. Si alguien de tropa, fuera de los horarios de trabajo y normalmente a las horas en que se suponía que debía estar acostado, se desmandaba, inmediatamente su teniente, sargento, cabo…, le mandaba a pasar la noche o parte de ella al palo de la Bandera, en el entendimiento de que allí sería recogido por la guardia que se harían cargo de él.

Pero habían pasado aquellas fechas, y ahora, se había estipulado explícitamente que, dichos arrestos además de no constar en el Régimen Disciplinario, no eran políticamente correctos, por lo que cualquier arresto que saliese del cauce estricto de lo contemplado en esa Ley, no era posible, además de no ser bien visto y fácilmente recurrible.

Una de las cosas que el alto mando había dejado claras era que el arresto que se pusiese, se debía

cumplir. El mando debería ver con muy malos ojos a cualquier militar que después de imponer una sanción –del estilo que fuese– tuviese que echar para atrás su postura por haber sido ésta recurrida y ganada. La disciplina debería prevalecer y la única manera para evitar relajo era basarse en la Ley. El sancionador debía acotarse a lo prescrito en la Ley. Si se debía sancionar, se sancionaría, pero firmemente, sin posibilidad de que cualquier recurso moviese las columnas de la institución.

Los tiempos en que se podría sancionar sin pasar por el Reglamento o la Ley, habían pasado a la historia. Además de que en estos nuevos tiempos, el sancionado contaba con unos plazos claros de recurso, motivo por el cual, nadie se arriesgaba a arrestar sin los formulismos requeridos, tanto ya, por la pérdida moral que podía suponer para un sancionador que su arresto fuese levantado, como por la posible denuncia que se podía realizar por parte del sancionado que considerase que su sanción había sido ilícita.

Como consecuencia comenzaron a florecer en las Unidades, los procedimientos llamados de hábeas corpus, al entender el sancionado que el arresto impuesto consistía en una clase de detención ilegal, siempre y cuando ésta excediese de las setenta y dos horas. Posteriormente se extendió por entender que se consideraba detención ilegal cualquier sanción que implicase pérdida de libertad.

Los primeros casos supusieron un auténtico alboroto militar ya que, al propio desconocimiento en la materia se unió la poca capacidad de tolerancia de las normas

civiles dentro de la institución y por supuesto, la falta de interés en aceptarlo.
Este procedimiento planteaba infinidad de problemas para todo el colectivo militar, pero sobre todo, para aquellos que, encontrándose de servicio, eran requeridos por un abogado u otra persona cualquiera para recibir una solicitud de hábeas corpus a favor de una persona arrestada. No tardaron en aumentar estas solicitudes por lo que el mando desarrolló inmediatamente un procedimiento a seguir en esos casos. En primer lugar, aceptar cualquier petición que llegase, sin buscar deficiencias a su redacción ni inconvenientes a la persona que lo presentaba, dando entrada y registro inmediatamente. Seguidamente, poner en conocimiento del capitán de cuartel el recibimiento de la solicitud a fin de que éste, sin dilación se pusiese en contacto con el juez togado de la plaza para que, en un plazo no superior a veinticuatro horas diese cumplida contestación al requerimiento de puesta en libertad que se solicitaba.
Los inconvenientes eran evidentes y el estamento militar se encontró con un procedimiento complejo y no demasiado conocido por lo que, ante el avance de estos, se estimó necesaria la obligatoriedad de conocimiento y ejecución de aquella norma, que finalmente se tramitó como una orden.



A la entrada del acuartelamiento, los soldados de vigilancia se habían afanado en cerrar la puerta y avisar a todos aquellos vehículos, ocupados por

militares, que pretendían entrar en el Acuartelamiento, que debido al toque de Bandera debían apagar los vehículos, bajar del mismo y cuadrarse militarmente y colocarse en una rígida posición de primer tiempo de saludo. Esto, diariamente, daba lugar a la producción de atascos de diversa consideración, máxime teniendo en cuenta que los horarios de entrada para el personal se iniciaban a la misma hora que el toque, por lo que no era poco usual ver colas de treinta o cuarenta vehículos parados con las puertas abiertas y fuera de ellos los militares saludando a la Bandera. Esta era una de las posturas más claras de la fe ciega en la disciplina.

La mayoría de las personas que saludaban al oído del toque, o no estaban cerca de la Bandera, o no la veían, con lo cual se saludaba, únicamente, al sonido.

En las Baterías, se daría la voz anunciando al toque, independientemente que en ciertas dependencias, la distancia a los altavoces o al propio cuerpo de guardia hiciese imposible la recepción de aquellas notas. Los presentes saludarían igualmente en el tiempo en que se suponía que el toque estaba sonando y permaneciendo durante ese tiempo en una posición acorde con su importancia.



4. Los actores.

Jefes de la Unidad.

El coronel y el teniente coronel bajaron del vehículo y apurados subieron las escaleras que conducían al edificio de mando, dirigiéndose directamente a la

cafetería de la Unidad donde se tomarían el primer café y se fumarían el primer cigarrillo de la mañana, mientras esperaban el sonido de la corneta.
Luego el coronel esperaría que el oficial de guardia entrante le trajese las novedades de los estadillos con la tropa presente esa noche.



El soldado Martínez.
En el cuarto de armamento, el soldado Martínez abrió la puerta a fin de poder escuchar el toque que se iba a realizar, pero sin por ello poder salir al exterior. Una de las obligaciones del puesto consistía en que el servicio de vigilancia no permitía que las armas quedasen solas ni un solo instante, aun cuando en ese momento no se hallase dentro del armero ninguna de ellas, ya que todas se encontrasen en manos de sus titulares para efectuar los movimientos de instrucción propios del toque de Bandera.



Los oficiales de guardia.
La teniente había entrado en el cuarto del oficial de guardia y como de costumbre entre los que se relevaban, había cerrado la puerta a fin de que no se conociesen los pormenores del relevo que se hacía. No obstante, las normas de su relevo obligaban a ambos a ponerse en posición de firmes en la ventana cuando se escuchase el sonido de la corneta.



El cabo Reus y el cabo primero Roncesvalles.

En la Batería de Tropa, el cabo primero Roncesvalles dio una voz al cabo Reus:

–Reus, en cuanto toque Bandera nos vamos echando leches a la carrera al cuerpo de guardia a contar la munición.

Los dos, debían asistir todos los días, posteriormente al relevo de la guardia, para contar la munición y los cargadores que se habían utilizado durante el día anterior. Una vez hecho, debían realizar el correspondiente estadillo para presentarlo posteriormente al subteniente encargado del armamento y la munición.

–Diga, mi primero –contestó éste.

–Que al acabar el toque, salimos pitando, Reus.

–Mi primero, no sé si hoy nos dará tiempo. Ya sabe que los lunes tenemos que hacer el recuento de la munición de los cargadores de retén –dijo el cabo Reus–, intentando evitar en lo posible el apuro del cabo primero.

–No me jodas Reus, ¿qué clase de pito eres?, estate a lo que hay que estar y ten preparado todo el material. En cuanto acabe el toque, nos vamos a la guardia.

El cabo Reus miró a su superior con cara de querer comérselo, sí pudiera, y en un súbito ataque de disciplina, acató la orden de su superior y echó la vista hacia la zona donde se encontraba la Bandera

–A sus órdenes, mi primero.

El subteniente Joaquín.

A esas horas, el subteniente Joaquín, ya llevaba bastante rato con su equipo de limpieza haciendo las tareas de policía del cuartel. Al pasar por las inmediaciones del cuerpo de guardia observó como la guardia salía y formaba para prepararse para el toque de Bandera y que el corneta estaba ya ubicado en su lugar con la corneta en posición de tocar. Asimismo vio cómo los artilleros nombrados para subir la Bandera estaban también colocados en sus puestos, el uno con la Bandera debidamente doblada encima de la bandeja y el otro con los mosquetones de la cuerda preparados para el enganche.

Ordenó a su equipo que dejaran palas y demás instrumentos de limpieza y mandó que se pusieran en situación de descanso a la espera de que se iniciase el toque de Bandera.



El subteniente Pirs.

El subteniente David Pérez Eras (Pirs para los amigos, nacido de la contracción de pe más ers PEERS, así llamados los miembros de la nobleza inglesa), mojó su quinto sobado en lo poco que quedaba del café en la taza y con una breve mirada al camarero, éste se dio la vuelta y se apresuró a prepararle otro café. No era normal que estuviese tan temprano en el cuartel, pero la noche anterior había tenido una discusión con Cuquita, su novia de toda la vida –los próximos serían dieciocho años de novios–, y eso no le había dejado dormir de acuerdo con su gusto y tradición, esto es, a

pierna suelta, como un leño, como un lirón… Cualquier manera era buena para tener un sueño profundo y –como él decía– reparador.

Hombre de grandes apetitos, su talla casi dos metros y su peso cercano a los ciento cuarenta kilos hacían de él un auténtico superhombre, pero con todas las consecuencias de esas medidas. Siempre hambriento, nunca era mal momento para tomarse un pinchito con un par de cañas o si había que salir a cenar, no podía acabar la noche sin tomar un par de wiskis. Los mejores vasodilatadores para ayudar a hacer bien la digestión.

Si hubiera que buscarle una debilidad, esa era precisamente Cuquita y aunque la relación no hubiera podido ir mejor, cada vez que tenía un enfado, hacía temblar las estructuras de la vivienda y eso se transmitía a sus huesos que a su vez lo pasaba a la cabeza, que a la vez no le dejaba dormir.

Esa mañana, había despertado a las cinco, no, mejor, se había hartado de estar en la cama dando vueltas y sin pensarlo más levantó su inmensa humanidad y dando un beso de cada lado a una Cuquita tampoco muy dormida le susurró al oído.

–Me voy al cuartel.

Y sin más se duchó, vistió y arregló el uniforme de faena. Se puso por encima la chupa de cuero de los Eagles y bajó en grandes zancadas al garaje. La Harley–Davidson FLHR Road King C, de 1584 cc, le estaba esperando brillante y limpia. La miró con ojos amorosos, le dedicó unas palabras cariñosas, se colocó el casco y los guantes y después de comprobar que las

gafas de sol estaban en su sitio, salió rápidamente a la calle.
En esas fechas, ya muchos militares hacían el trayecto de casa al cuartel vestidos en ropa de paisano. Antiguos atentados terroristas así lo aconsejaban, pero en esta ocasión y dada la hora que era, a Pirs ni se le ocurrió pensar en ponerse la ropa de paisano.
A las siete de la mañana, se encontraba en las barreras del cuerpo de guardia para acceder al cuartel y a las siete y cuarto ya estaba en la cafetería dándose un copioso desayuno a base de sobados y café con leche.
Pirs era lo que podía llamarse un erudito. Sí, pero hecho a sí mismo. Había cogido el despacho de sargento en el año 1972 y desde ese año no había dejado de prepararse intelectualmente. Había acabado una licenciatura en filología hispánica en 1983 que hacía de él uno de los pocos suboficiales qué en esas fechas disponía de una titulación superior. Por otra parte, su propio interés en la materia, hacía de él una persona con un elevado deleite por la palabra y que gustaba de acompañar sus conversaciones con comentarios –latinajos, que dirían otros– que daban gran intensidad a su aserto.
Entre los muchos con que solía adornar sus conversaciones se encontraba "*malo, malo, malo, malo*" que, aunque ahora ya sobradamente conocido por sus compañeros, en un principio dicho por alguien de aquellas medidas y acompañado por un vozarrón como el suyo, daba la impresión de ser algo terrorífico.

La verdad es que tal parónimo latino no significaba otra cosa que "prefiero estar en un mástil que en un mal manzano", por lo que, una vez conocido, todo el mundo había entendido que era una frase con todo el sentido.
Acabó su segundo café y se encendió un cigarrillo Habanos negro, dando dos profundas caladas que llenaron la estancia de un humo azulado y denso que hubiera hecho toser a cualquiera que hubiese estado menos de cinco metros de él.

–Flojos –pensó–, y se acercó a la ventana a observar el tiempo, mientras esperaba que el toque de Bandera abriera la espita del comienzo de las actividades.



El coronel.

El coronel soltó las manos de la taza de café que le acababan de servir y se acercó los ventanales de la sala de mandos para escuchar ávidamente el toque. Los pensamientos del coronel llevaban varios días en las modificaciones legislativas que estaba llevando a cabo el gobierno de José María Aznar. Demasiadas modificaciones. El Ejército es una institución solemne que no necesita grandes agitaciones ni movimientos. Más bien lo que necesita es apurar el contenido para mejorar la fragancia.

–¿Cómo era posible –se preguntó– que teniendo unas leyes de Enjuiciamiento Civil o Criminal con más de cien años de antigüedad estuvieran todavía funcionando a todo trapo. Bien era cierto que

absolutamente parcheadas. Y sin embargo, las leyes militares no durasen más que cuatro días? Deberían tomar ejemplo de las Reales Ordenanzas de Carlos III que habían perdurado en el tiempo más de doscientos cincuenta años hasta que las habían derogado. Bueno, no nos adelantemos, cualquier día derogarán también las nuevas.

El coronel siguió con sus cuitas y a la cabeza le vino la reciente modificación que había sufrido la Ley de 1989.

–Modernismos –se dijo–. Sus efectos, y sus resultados, le tenían en ascuas. Menos de diez años y ya la cambiamos. Veríamos lo que conseguía perdurar la nueva Ley.

Él no estaba muy de acuerdo con el sistema Aznar de profesionalización de las Fuerzas Armadas. En un país que tenía una gran solera de una milicia de reemplazo, con sus quintas y sus quintos, se pretendía profesionalizar el Ejército a marchas forzadas con una leva voluntaria –casi forzosa– a quien habría que traer prácticamente a lazo, para que el personal se alistase y poder cubrir los puestos previstos de plantillas.

No parecía muy operativo disminuir el, ya de por sí, exiguo presupuesto en Defensa por tener que empeñar una parte muy importante de él, en el pago de nóminas a los nuevos soldados profesionales.

Concentrado como estaba, su mente pasó a la nueva Ley Orgánica del Régimen Disciplinario, que había derogado a la "muy" anterior de 1985. Ésta había caído como un jarro de agua en las dependencias militares. En poco tiempo se había pasado de proteger a capa y espada la disciplina a equilibrar ésta con las